



BIBLIOTECA

CT3210

c3

v.4

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinet, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE LEÓN



Llegamos á las riberas de Grecia y podemos decir todos los europeos á una que nos sentimos nacer allí y que reconocemos en los griegos nuestros inmortales padres. Cuantos creen que si la humanidad, por sus recuerdos, allá en lo pasado ha de por fuerza dilatarse, y en lo porvenir por su esperanza, viviendo la divina eternidad que le traen sus ideas, por ninguna parte hallarán tantos timbres, y títulos nobles, y remembranzas, y reminiscencias de gloria como por esas costas helénicas, donde parece haber tenido su día más pleno y su luz más viva el humano espíritu. Caída como una hoja de morera, que así la llaman los poetas todos, entre las aguas; pendiente de montañas donde se arrebola el sol en matices indescriptibles; ceñida por mares celestes, coronados de blancas espumas que besan marmóreas costas de rojos y áureos colores

circundada por un doble coro de islas hermosísimas, con coronas de mirtos y adelfas, con sandalias de nácares y corales, Grecia resultará siempre, por mucho que los siglos pasen y que los hombres crezcan, el templo armoniosísimo de la hermosura perfecta. Por eso podemos decir que, si Palestina constituyó la religión dogmática y moral del género humano, Grecia constituyó la religión científica y estética. Todavía los enjambres de sus ideas zumban por los aires de nuestras escuelas y nos aportan á los labios la miel de su ciencia; todavía las sabias nomenclaturas nuestras están copiadas literalmente de sus músicas lenguas; todavía sus dioses, expulsados por el cristianismo de nuestros hogares y de nuestra fe doméstica, reinan en las academias y brillan en los jardines; todavía su metafísica enciende la idea del Verbo sobre las aras de nuestros altares é impele con su soplo vital lleno de inspiraciones las blancas alas de nuestro Espíritu Santo, y todavía el matemático admite sus postulados, el sabio su diccionario, el arquitecto sus órdenes, el escultor sus modelos, el poeta sus formas, el teólogo su filosofía, y en tal modo, que muerta, enterrada, disyecta en el fondo de su sepulcro, envilecidos sus huesos por las profanaciones musulmanas y disipado su rico sér espiritual en el harén de la servidumbre, con sólo revelar unos bajorelieves entre las

viejas ruinas romanas y con sólo traer unos peregrinos náufragos al seno de nuestra Europa moderna, engendró el período más bello y más armonioso de la historia moderna, engendró el revelador Renacimiento.

Con evocar á Grecia evocamos la región terrestre más interesante, á no dudarlo, para la historia, y, por consecuencia, encontrámonos en seguida con tal copia de prolijos estudios y de múltiples datos, que difícilmente podemos hallar el hilo en tan dificultoso laberinto, ni la síntesis en el acerbo y aglomeración de tantas noticias. Cierto, las edades antiguas hállanse allí también ceñidas en su mayor parte por sombras que las oscurecen y que las ocultan al ojo avizor de la historia. Después que los estudios prehistóricos han dilatado los horizontes del tiempo y que la increíble arqueología de cuantos exploraran las zonas y capas terrestres acaba de traer como una ciencia nueva, no sospechada antes, la cronología de Orfeo, Hesiodo y Homero, las raíces genealógicas dadas á su patria por Herodoto y por Tucídides, todas las viejas tradiciones históricas y todos los sacros documentos auténticos han debido ceder á las nuevas revelaciones y dejar á la indagación un espacio inmenso, en el cual se han multiplicado los períodos históricos y se han subvertido las nociones científicas. Grecia tiene tam-

bién su edad prehistórica. El griego no ha nacido, como creían los clásicos, hecho ya una estatua perfecta, vestido con su túnica de armoniosos pliegues, alzado sobre su pedestal de mármol pentélico; los fríos del polo han extendido sobre sus palmas y sobre sus rosales nieves como las de Siberia; la caverna lo ha encerrado como el vientre al feto; han sido sus compañeros el rengífero y el megaterio, el oso y el tigre gigantes; las hachas de serpentina y de pórfido le han servido para defenderse, y ha pasado por las edades antiguas del hierro y del cobre como cualquier pueblo de menos grandeza y de menos importancia: que la igualdad humana se revela siempre por fuerza en los dos extremos del vivir á la eternidad más cercanos, en el sepulcro y en la cuna.

Pero hay mas: las naciones históricas antiguas por tal modo se han modificado, que ha desaparecido la original y autóctona Grecia, con que tantos en otros tiempos soñaran, bajada como sus dioses del Olimpo y allí en el Olimpo nacida. Por doquier en los tiempos primitivos, en los que suceden á las edades prehistóricas, hállanse recuerdos múltiples de influencias africanas. Investigaciones bien sabias han mostrado que la colmena, tantas veces cantada por los poetas bucólicos, la miel del Hibla que guardaba dulzor y poesía, la cera puesta sobre las

aras esculpidas por divinos cinceles, en una palabra, el trabajo é industria de la dulce apicultura provinieron de la Cirena africana, que ha dado sus nombres líbicos á los principales objetos y productos de arte tal en Grecia. Y lo que decimos de la miel decimos de las habas. Estas legumbres habían llegado á obtener una especie de adoración en los pueblos clásicos, y habían llegado á constituir parte principalísima de su alimento. Contábanse con ellas los votos en las públicas elecciones, y de su fécula exclusivamente se alimentaban escuelas de tan reconocida importancia como la escuela pitagórica. Pues bien, líbicos fueron los primeros gérmenes de tal planta y líbicas las palabras con que se la designaba en griego y en latín. Bien es verdad que, no sólo esta legumbre, sino muchas hortalizas, y la palabra huerto misma, provienen de idiomas africanos. Las coles llamábanse *carambos* en África, y *crambos* en griego y en latín, como el arroz se llamaba en berberisco *aruz*, y *oriza* en griego, donde tan fácilmente se cambia en *o* la *a* y en *i* la *e*. Allá, muy confusamente, los historiadores griegos columbraron el parentesco de su patria con Egipto, pero no reconocieron jamás que su Júpiter Olímpico era el mismo Júpiter Ammón de Nubia; que la flauta del dios Pan se había oído en los desiertos inmensos cuando no se oía en los bosquecillos griegos;

que la cabra, tan respetada y querida en Dodona, provenía del África, y que del África provenía la egida, la piel de leopardo y de cabrón, que cruzaban sobre su hombro y que defendían su pecho y sus espaldas en los antiguos combates. ¿Qué más? Esos sátiros, ebrios de vino y amor, envueltos en sus pieles de cabrito, ceñidos con sus cinturones de sogas, rematados con cuernos y pezuñas, rientes y alegres, que llevan en su bastón las vides entrelazadas y apuran las copas rebosantes, han acompañado al Baco indio desde África, y de África se han esparcido, jubilandando y riendo, por los campos hermosísimos de Italia y de Grecia.

Pero indudablemente los hombres que mayor influencia ejercieran sobre los griegos, aquellos que más determinarían su carácter, son los pelasgos, comparables á los iberos de nuestra patria. El nombre de griego dado á los habitantes de la Hélade ha sido puesto en los humanos labios y á nuestros días extendido por obra de los romanos. Y, sin embargo, este nombre, que se dilata hoy hasta el Asia Menor, y que toman tanto el imperio asentado en Tracia como todas las islas que componen el archipiélago puesto en el Oriente de nuestra Europa, reduciase al territorio por la villa de Dodona ocupado en el Epiro y á sus más inmediatas cercanías. Según el testimonio de Aristó-

teles y Hesiodo, este nombre proviene del diluvio antiguo; y Pandora, hija de Deucalión y Pirra, engendró al héroe Greco, héroe indispensable para limpiar la tierra de monstruos, quien, por haber cumplido con este ministerio excelso, ha dado su nombre á todo el territorio de Grecia. Pues bien, así como sólo se llamaron un día los hijos de Dodona griegos, sólo se llamaron helenos aquellos hijos de la Hélade sometidos al cetro de Aquiles y habitantes de un cantón de Tesalia. También se relaciona con el diluvio este nombre sacro de los helenos, y también, después de mucho tiempo, se dilató á todos los griegos. El nombre de Grecia proviene del oráculo de Dodona, y el nombre de Hélade proviene del oráculo de Delfos. Lo mismo pasa con el nombre de aqueos, vulgarmente dado por Homero en sus heroicos cantos á los hijos de Grecia. Lleváronlo por mucho tiempo solamente los griegos del Peloponeso. Siempre que historiemos cualquier tiempo y cualquier pueblo de la humanidad sucederá lo mismo. Las ideas como las cosas, los nombres como todo aquello que significan y expresan, dada nuestra contingencia y nuestra limitación irremediables, han de tener muy humildes orígenes. Cuando nombramos hoy á Grecia, Italia, Francia, España, solemos creer por una ilusión de óptica intelectual que tales altas personalidades han

brotado como los individuos en la naturaleza de una vez, en un solo parto, muy olvidados, en verdad, ahora, de todo cuanto ha sido necesario para formarlas y para sugerirles un solo espíritu y ponerlas un solo nombre.

Grecia se llamó durante mucho tiempo Pelasgia, según nos cuenta Herodoto. Pero estos pelasgos tampoco aparecen originarios de la Grecia misma, cual se creyó antes, sino arios nómadas, venidos poco á poco á la cabeza de sus ganados un día desde las altiplanicies del Asia, entrañas generadoras del humano linaje. Pelasgo quiere decir advenedizo, errante, antiguo, y, por consecuencia, su propio nombre indica una verdadera é inolvidable irrupción. Además, en las tradiciones antiguas está un proceder suyo con las griegas primitivas, muy semejante al empleado por los primitivos romanos con las sabinas, y ningún pueblo apela jamás al raptó sino con las mujeres de pueblos extranjeros. El pelasgo no fué, pues, un griego autóctono y original, fué como el jonio, fué como el dorio, una variante de las razas arias, nómada un tiempo, irruptora luégo, pastoril siempre, que llegó á fijarse allá en tierra tan atractiva como Grecia. Gran constructor, débense á él esas piedras ciclópeas que, amontonadas por su esfuerzo, parecen sobrepuestas por un esfuerzo de la naturaleza.

Pelasgión llamaba el griego antiguo á la primer fortaleza alzada en Ática, y este nombre dice cómo sus constructores fueran los pelasgos. En efecto, la palabra latina torre proviene de la palabra pelasgo-helena *tur*, y de turano, el defensor de la torre, proviene la palabra tirano, que luégo ha venido á significar el arbitrario y violento dominador de los pueblos. Así también la palabra *lar*, que los romanos creyeron etrusca, es una palabra pelásgica, la cual significa tanto como jefe de familia, y por eso á la piedra del hogar sobre que se asienta la casa llámasele un lar, y lares á los dioses domésticos defensores de las habitaciones familiares, y larisas á los castillos defensores de pueblos y ciudades. No acabaríamos nunca si hubiéramos de indicar todas las zonas de pueblos componentes del griego. Hombres prehistóricos pertenecientes á las edades perdidas en los comienzos de la tierra, griegos de Dodona, helenos de Delfos, aqueos del Peloponeso, pelasgos nómadas, tirrenos de los que celebraban la fiesta de Artemis, licios constructores de las murallas de Tirinto, sículos de Lesbos y de Samos, los etruscos mismos, que luégo formaron esa Toscana en que debía renacer la Grecia, los lelegos designados con el sacro nombre de cigüeñas, los dorios, los jonios, tantas y tantas otras familias han constituido esa tierra maravillosa que se dilata desde

las pendientes meridionales del Olimpo á las costas sacras del mar jonio y del golfo corintio.

Realmente la cultura griega empieza por el pastoreo. Beocia, de buey (*boos*), llamaron á uno de sus más privilegiados territorios. La pastoril Arcadia pareció siempre á los griegos una especie de paraíso terrenal; sus aedos, ó sean los cantores, entonaban himnos semejantes á verdaderos idilios; sus dioses, cuyo parentesco estrecho con los dioses indios no puede negarse, indicaban claramente una mejora en las relaciones entre la tierra y el terrícola, entre aquel elemento que se llamaba *humus*, suelo vegetal, y su hijo el humano, el hombre. Los dioses de la luz, los dioses del cultivo, eran los dioses primeros de las edades antiguas. Así es un dios allí el jacinto, flor preciosísima, la cual muere á manos de Apolo, porque, brotada en primavera, se agosta y seca en estío. Mas lo que principalmente indica esta primera religión es el culto á la espiga y la liturgia de la simple siega. Dos fiestas principales demanda la religión de los pueblos agricultores: una, la siega en los comienzos del estío, y otra, la vendimia en su término. El dorado que toman los trigos del rubio sol, y las espigas que caen al filo de las hoces, y las eras que se cubren todas ellas de áureos montones compuestos por haces riquísimos, y el trillo, que saca por medio de sus

pedernales agudos y de sus lisas tablas el áureo grano, componen una serie de operaciones tales, mediante los trabajos de la naturaleza y del hombre, que bien merecen una consagración estética en la poesía y otra consagración religiosa en el ara. Así es que los antiguos, tanto en Frigia como en Grecia, nos han dejado una especie de cántico plañidero, en el cual se contiene un himno á la siega. Quien haya las regiones meridionales habitado comprenderá con facilidad todos los caracteres de tal himno. En las siestas calurosísimas de Junio, cuando el sol todo lo abate imponiendo un sueño forzoso en día pleno á los seres más vivos y despiertos, óyese al mismo tiempo que los cánticos de la cigarra en los olivares los cánticos del segador en las eras. Y he aquí por qué la cigarra, tan molesta para los hombres del Norte, recibe una especie de adoración religiosa entre los hombres del Mediodía, quienes toman su chirrido como la melodía de un arpa y graban sus figuras hasta en las piedras preciosas. Y he aquí por qué yo he querido inaugurar la galería de mujeres helenas con la diosa que representa mejor el culto primitivo de los griegos, aquel culto de la naturaleza que sienta de suyo á los pueblos agrícolas y pastores. Por consecuencia, el nombre de Ceres abre con razón la serie de retratos que vamos á consagrar á la

mujer griega en esta genealogía de lo femenino en la historia, tan soberanamente influída por las poderosísimas é incontrastables gracias de sus bellas mujeres.

Deméter se llamó Ceres en griego, y Deméter quiere decir tanto como tierra, como esa tierra que recibe los gérmenes, lanza los tallos, produce la savia, solidifica los troncos, puebla los ramajes, pinta y aroma las flores, enmiela y madura las frutas. Por consecuencia, Ceres ó Deméter es la divinidad agrícola, esencialmente agrícola, y pertenece á los dioses cabiros que, por una traslación en la palabra, bien natural, podemos llamar los dioses evangélicos de Grecia, á causa de su sencillez, de su naturalidad y de su apartamiento de toda teocracia. El culto de Ceres, además, debe iniciar este libro, porque al culto de Ceres pertenecían principalmente las griegas primitivas en los tiempos prehistóricos. Los misterios de Deméter y de su hija Kora, ó sean los misterios de Ceres y de su hija Proserpina, imponían grande castidad á la mujer y demandaban fidelidades inviolables y mutuas á todos los matrimonios. Una institución poco estudiada, y, sin embargo, muy característica de los tiempos primitivos, se relaciona con el culto de Ceres, y es la institución del matriarcado. Los primeros hombres y las primeras sociedades pasaron

en su lentísimo desarrollo por una edad á la cual podríamos denominar de fácil y fugaz ayuntamiento entre los dos sexos. Esta edad, en que las relaciones del hombre con la mujer tanto se asemejaban á las relaciones del macho con la hembra, por necesidad había de atenerse á la madre para el conocimiento y designación de los hijos. Por tal razón, á los patriarcados han precedido los matriarcados en la historia. Y así entre los celtas, entre los etruscos, entre los pelasgos, las mujeres alcanzan dignidades privativas del hombre, y gozan de rechos y autoridad que luégo el hombre se arroga sólo en el crecimiento y desarrollo de las humanas sociedades.

Y no solamente dominaron las mujeres en el hogar y en el templo, también consiguieron una forma política y un poder social conocidos en la ciencia con el nombre de ginococracia. El agradecimiento de los hijos pelasgos á sus madres conócese por una religión de todo punto femenina, en la cual vencen las diosas á los dioses y predominan todas á una en calidad y número sobre aquéllos. La fábula de las amazonas, tan esparcida en las historias diversas de los pueblos y tan recordada en los diversos cuentos morales transmitidos de generación en generación, esa fábula muestra un estado social en que las mujeres ejercen cargo y oficio tan con-

tradictorio con su naturaleza como el cargo y oficio de soldados. Polibio nos enseña en el duodécimo libro y párrafo quinto de sus obras que hubo pueblos donde toda nobleza provenía de la mujer, cuyo nombre tomaban por apellido sus descendientes. Pausanias, en varios puntos de sus obras, nos refiere cómo en Elis ejercían el cargo de jueces dieciséis matronas designadas entre las más expertas por su edad y por su ciencia. En Mantinea la mujer ejerció, allá por apartados siglos, pero durante mucho tiempo, los cargos públicos. Pero la región donde más predominara la mujer fué Licia, refugio de los primeros griegos, y, por tanto, centro de sus costumbres y núcleo de su vida. Y Herodoto nos afirma en el primer libro de sus historias que los licios formaban sus genealogías exclusivamente con los nombres de sus abuelas y de sus madres. Un hijo nacido de noble mujer, aunque lo hubiera engendrado un esclavo, resultaba noble; y un hijo nacido de una sierva, siquier un noble lo engendrara, siervo. Así cuentan que los templos todos estaban servidos por mujeres y que las mujeres heredaban, no los hombres. Verdaderamente las costumbres á este respecto varían mucho. Nada parece tan propio y natural como que la mujer, después de parir, se recoja, se acueste, se medicine y se cure. Pues bien, sucedía entre nuestros primeros vascos un hecho

consuetudinario, comprobado por mil testimonios fehacientes: después del parto se acostaba el marido, y la mujer se iba, como si nada por ella pasase, á sus negocios. También parece natural que los trabajos domésticos pertenezcan á las hembras, mientras á los varones el trabajo público y el negocio arduo. Pues en el viejo Egipto, según nos refiere Sófocles por los versos 328 y siguientes del Edipo coloneo, los hombres se quedaban en casa mientras las mujeres ocurrían al trabajo procurador de los primeros bienes en la vida. Muchos historiadores cuentan la revolución acaecida entre los primitivos griegos contra el predominio social y el predominio político de las mujeres. El doctor Benlœw, en su curioso estudio de la Grecia anterior á los griegos, trae sobre tal tema noticias curiosísimas y cita el testimonio de San Agustín, quien, á su vez, evocaba un testimonio de Varrón, desgraciadamente perdido. Bajo el reinado de Cecrops disputábase la dominación religiosa de Atenas aquella divinidad femenina tan semejante, por su robustez, á las legendarias amazonas, que lucía un casco en su cabeza con cimera como cualquier guerrero, y en su mano una lanza de oro, la cual resplandecía y centelleaba como un rayo, aquella divinidad femenina llamada Palas Atenea, y la divinidad masculina, proveceta, vieja, de luengas barbas y de fuer-